

## La escuela y el niño

**L**A Ley de Centros Escolares ha de traer cola, porque no están las cosas tan claras como parece a primera vista. Yo he mantenido, y mantengo, que en esta discusión la política ha prevalecido sobre la preocupación por el niño, que debía haber sido, sin embargo, el fundamental núcleo de la cuestión acerca de esta discutida Ley de Centros Escolares. Y ha ocurrido esto lo mismo con la derecha que con el centro o con la izquierda: todos han carecido de suficiente visión y amplitud de miras por lo general.

Si a esto se añade además la confusión creada por algunas entidades y asociaciones católicas que han hecho demagogia clerical, el resultado no puede parecer más alarmante. Porque hasta las encuestas que se han hecho se pueden manejar, y ha bastado apelar hábilmente a algunos resortes que importan mucho a los padres, como es el de la libertad de enseñanza o el de la religión como sostén del orden moral, para conseguir unos "sles" masivos a la enseñanza privada como si de ella dependiera todo el futuro educativo del niño español.

Lo malo es también que no sabemos de dónde va a salir el dinero para las subvenciones que se van a dar, si es que se lleva a cabo el programa explícito o implícito que se marca en las líneas básicas de esta nueva Ley.

Al problema económico se une igualmente el social, porque —según como se haga la ayuda, poca o mucha, que pueda darse— el Gobierno favorecerá a los más privilegiados del dinero, con demérito de aquellos que económicamente son más débiles.

Y nada digamos de algo que sorprende grandemente: los obispos españoles, que han sido los mentores de esta frenética carrera por conseguir una ayuda a los centros privados católicos, apenas se preocuparon de la escuela pública. Les parece que todo se va a resolver con el apoyo material a los centros privados, cuya casi totalidad se pretende que sean católicos, a pesar de la crisis de vocaciones católicas y de religiosos para la enseñanza.

Yo, sin embargo, como creyente preocu-

pado de la pérdida de sentido ético de este país, estoy muy interesado por lo que se vaya a hacer o dejar de hacer desde el punto de vista moral en la escuela pública, porque el porvenir de nuestras generaciones y la sociedad del futuro depende en gran parte de dos cosas: de la cultura y del sentido responsable personal que demos al niño. Si no cultivamos las facultades humanas del alumno, si nos limitamos a llenar el almacén de su psique infantil de contenidos puramente informativos, y si no educamos para una sociedad responsable, veo mal el camino que vamos a emprender o a continuar.

No se trata de decir ante todo si o no a la religión, al conjunto de doctrinas, normas y ritos del catolicismo. Hay algo previo más importante: el fondo humano constructivo, el que desarrolle o no positivamente al hombre en ciernes que es el alumno. Pero, ¿alguien se ha preocupado acaso de ello? ¿nuestros obispos piensan sólo en conservar bien guardado el baluarte clerical que ellos representan, o se interesan por el futuro de estos pequeños españoles que en la escuela van a forjarse?

Pienso que ni políticos ni hombres de Iglesia se preocupan suficientemente de lo que es más importante, que es precisamente el formar hombres. No se trata de informar solamente, aunque esto sea importante: hace falta preparar y desarrollar hombres que sepan decidir por sí mismos responsablemente. Alain —el gran educador francés— decía que "educar es darle al hombre su poder de autogobernarse"; y esto debía hacerse —según él— para una finalidad: con el fin de ser libres; para ser racionalmente libres, y así "para no creer sin pruebas". Lo que habrá que hacer —y no sé si de esto ha hablado alguien— es "dirigirse más al modo de pensar que al contenido del pensamiento". Pero nuestra regla, la de la sociedad tan mal politizada que vivimos, como decía este pedagogo, fomenta aquello que es "más fácil: vencer al otro, en vez de ayudar a dominarse". Y la nueva escuela, más que una especie de computadora de datos que distribuya información, "debe ser una atmósfera en

la que el niño aprenda su tarea de hombre".

En esta escuela futura no podemos pretender ni el paternalismo familiar ni que sea un sustituto del mismo. En ella "hay que sustituir los sentimientos afectuosos por la justicia", y así tiene que aprender el niño a que no se lo den todo hecho, sino a hacérselo él mismo, aunque sea poco a poco.

Tampoco debemos caer en un clima moralizante, como si fuese volver al Juanito de ayer con su paternalismo de estilo insufrible; ni tampoco al paternalismo rebozado del "Libro rojo del cole", que da las recetas ya hechas, suministrando los autores sus peculiares opiniones acerca de la sociedad y del hombre. No: el profesor debe respetar totalmente al niño, desarrollando sus cualidades, favoreciendo su personalidad constructiva, y no puede limitarse a transmitirle sus propias ideas, como si fueran la última palabra o el dogma infalible de última hora. Los dogmatismos huelgan ya, lo mismo los religiosos que los profanos: sólo debemos transmitir la verdad universal, la poca verdad que sabemos para todos, y luego a poner la carne en el asador para autodesarrollar constructivamente al niño, para acostumbrarle al autodomínio eficaz.

Esto es difícil, pero es lo que pretendieron ayer algunos convencidos de la verdadera escuela laica y neutra al estilo de la Institución Libre de Enseñanza. No porque no se hablase en la escuela de las soluciones que los hombres han inventado material o espiritualmente, sino porque deben hacerlo como en la "époqué" de Husserl, objetivamente y sin partidismo alguno. Esa sería una auténtica educación liberal, una formación en la libertad y no una falsa espontaneidad permisiva, ni —en el otro extremo— un adoctrinamiento interesado bajo capa de libertad de cátedra. La libertad debe ser ante todo respeto: respeto a las ideas de los otros y respeto sobre todo al niño y a su desarrollo positivo, aunque sin dejarlo a merced de las disgregadoras influencias que marcarán muy negativamente su cerebro en ciernes.

Difícil labor, pero hemos de intentarla. ■

